

- MARAVALL, J. A. (1976), *Utopía y contrautopía en el Quijote*. Santiago de Compostela: Pico Sacro.
- MOLHO, M. (1983), «Doña Sancha (*Quijote* II, 60)», en *Homenaje a José Manuel Blecua: ofrecido por sus discípulos, colegas y amigos*. Madrid: Gredos, pp. 443-448.
- OSTERC, L. (1963), *El pensamiento social y político del Quijote*. México D.F.: Ed. de Andrea.
- REDONDO, A. (1997), «La ínsula Barataria (II, 45-53)», en *Otra manera de leer el Quijote*. Madrid: Castalia, pp. 453-473.
- RIVERO IGLESIAS, C. (2009), «El bien común en el Quijote y el gobierno de Sancho en la ínsula Barataria», en I. Arellano, C. Strosetzki y E. Williamson (eds.), *Autoridad y poder en el Siglo de Oro*. Madrid: Iberoamericana, pp. 117-136.
- WILLIAMSON, E. (1991), *El Quijote y los libros de caballerías. Presentación de Mario Vargas Llosa*. Madrid: Taurus. Edición original en: *The half-way house of fiction: Don Quixote and Arthurian Romance*. Oxford: Clarendon Press, 1984.
- (2009), «La autoridad de don Quijote y el poder de Sancho: el conflicto político en el fondo del *Quijote*», en I. Arellano, C. Strosetzki y E. Williamson (eds.), *Autoridad y poder en el Siglo de Oro*. Madrid: Iberoamericana, pp. 241-266.
- (2011), «El extraño caso del “grave eclesiástico”: ortodoxia política y heterodoxia literaria en la segunda parte del *Quijote*», en C. Rivero Iglesias (ed.), *Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, pp. 173-183.
- (2013), «Crítica del poder y trastornos ideológicos: la estancia de don Quijote y Sancho con los duques», en J. M. Usunáriz y E. Williamson (eds.), *La autoridad política y el poder de las letras en el Siglo de Oro*. Madrid: Iberoamericana, pp. 157-181.

REIVINDICACIÓN DEL LICENCIADO ALONSO FERNÁNDEZ

Luis Gómez Canseco
Universidad de Huelva

Cuatrocientos años y ni por asomo. En 1614 se estampó el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* a nombre de Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas, y seguimos a la luna de Valencia o, por mejor decir, de Tarragona, de donde salió la cosa. Pero el caso es que esos cuatro siglos han dado para mucho, pues la búsqueda y el hallazgo de la verdadera identidad en que se embozó el apócrifo ha dado lugar a todo un género que no está tan lejos de la novela negra como pudiera pensarse. Basta pasar los ojos por algunos de esos títulos para dar con un cúmulo de pistas, indicios y culpables que no hubiera desdeñado la mismísima Agatha Christie: *Quién no pudo ser Avellaneda*, *La verdad sobre el falso Quijote*, *El crimen de Avellaneda*, *Las treinta casualidades que hacen sea Alonso de Ledesma el autor del falso Quijote*. Hasta contamos con un manual para convertirse en el perfecto detective avellanedesco: *Lo que debe leer detenidamente el que intente descubrir al falso Alonso Fernández de Avellaneda*. Y lo cierto es que a Cervantes no le hubiera venido nada mal disponer de todo ese arsenal, porque no está muy claro que llegara a poner en pie la identidad de su enemigo.

A decir verdad, las conjeturas que hizo en 1615 no dan para mucho. En el prólogo apunta que la obra «se engendró en Tordesillas y nació en Tarragona»; en los capítulos LIX, LXI y LXX señala la posibilidad de que el autor sea «aragonés», mientras que en el LXII, LXXII y en el LXXIII vuelve sobre el origen tordesillesco. Casi nada que rascar, aunque resulta difícil creer que, en un círculo tan cerrado como el de los escritores asentados en la corte durante el reinado de Felipe III, la identidad de Avellaneda pudiera haber quedado en silencio. Si en la identidad de su enemigo no entró muy

al fondo, lo que sí hizo Cervantes, sin empacho alguno, fue utilizar en beneficio propio materiales del libro del contrario, y no solo para responder y darle en la cabeza, sino para imitarlo e incluso convertirlo en materia narrativa de su nueva historia. Bien es cierto que no tuvo mucho tiempo para hacerlo, pues el otro *Quijote* debió llegar a sus manos en el verano de 1614 y la aprobación del maestro Valdiyielso para la segunda parte cervantina tiene fecha de 17 de marzo de 1615. Como mucho, siete meses.

Dados los muchos lazos que vinculan la segunda parte apócrifa y la legítima, hay quien ha conjeturado que Avellaneda leyó manuscrita la de Cervantes antes de escribir la suya o que Cervantes dispuso de una copia del apócrifo antes de que este se estampara, pero se me hace difícil creer que libros de ese grosor circularan en varios traslados o que alguien que pretendía vender el libro adelantara su conocimiento precisamente en los mismos círculos a los que se dirigía como potenciales compradores¹. Para ser exactos, Cervantes ni siquiera menciona la existencia de Avellaneda hasta después del verano de 1614. En el prólogo a las *Novelas ejemplares*, fechado en el verano de 1613, anuncia que su segundo *Quijote* estaba a punto de caramelero y nada dice del apócrifo. Tampoco lo hace en el *Viaje del Parnaso*, salido a finales de 1614. Y hay que esperar hasta las *Ocho comedias y ocho entremeses*, ya en 1615, para que señale al conde de Lemos que su don Quijote «llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado». Todo parece indicar que Cervantes no tenía ni idea de la que se le venía encima, por lo que —en muy poco tiempo y ante el ataque inesperado de Avellaneda— hubo de escribir un *Quijote* distinto al que entonces había de tener más que medio pergeñado.

Los cambios en el título de la segunda parte, que convertía al *hidalgo* en *caballero* y que presentaba a Cervantes como «autor de su primera parte», apuntan ya a esa voluntad reivindicativa. Se añadieron a ello las aprobaciones, el prólogo y la dedicatoria que recogían directamente el guante, pues, si el contrario había dejado a don Quijote en una casa de locos, se traía aquí a capítulo a un loco que hinchaba perros con un cañuto y a otro que los aplastaba con peñascos. Pero hay que esperar hasta el capítulo LIX para encon-

¹ Sobre la posibilidad de que Avellaneda hubiera tenido acceso al original cervantino Gilman (1951, pp. 169-176). En torno a esa difusión manuscrita del apócrifo, Menéndez Pidal (1948), Sicroff (1975) o Martín Jiménez (2010).

trar la primera mención expresa a la existencia del apócrifo. Resulta que una de esas ventas cervantinas donde todo es posible —pues, al cabo, reemplazan a los castillos encantados de los libros de caballería— dos caballeros, gustosos del primer *Quijote*, comparten ahora la lectura del apócrifo; y no con tanto gusto, todo sea dicho. La mera casualidad, sumada a la voluntad narrativa del autor, resulta que ha llevado al mismísimo don Quijote a la estancia contigua a la que ocupan ambos lectores:

Llegose, pues, la hora del cenar, recogiose a su estancia don Quijote, trujo el huésped la olla, así como estaba, y sentose a cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de don Quijote estaba, que no le dividía más que un sutil tabique, oyó decir don Quijote:

— Por vida de vuestra merced, señor don Jerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de *Don Quijote de la Mancha*.

Apenas oyó su nombre don Quijote, cuando se puso en pie y con oído alerto escuchó lo que de él trataban y oyó que el tal don Jerónimo referido respondió:

— ¿Para qué quiere vuestra merced, señor don Juan, que leamos estos disparates? Y el que hubiere leído la primera parte de la historia de don Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda.

— Con todo eso —dijo el don Juan—, será bien leerla, pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que a mí en este más desplace es que pinta a don Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso.

Oyendo lo cual don Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo:

— Quienquiera que dijere que don Quijote de la Mancha ha olvidado ni puede olvidar a Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad; porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en don Quijote puede caber olvido: su blasón es la firmeza, y su profesión, el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna.

— ¿Quién es el que nos responde? —respondieron del otro aposento—.

— ¿Quién ha de ser —respondió Sancho— sino el mismo don Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto ha dicho y aun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas? [II, 59]².

Y es que Avellaneda, en su proceso de reducción y simplificación de la historia, había firmado el acta de defunción de un personaje tan elusivo y complejo como Dulcinea, acaso porque no sabía qué hacer con ella. Su lugar lo ocupa Bárbara, una vieja prostituta con la cara cruzada por un tajo y con los ardores carnales a la mano. Pero sigamos el hilo de la trama. A partir de ese momento, el caballero decide cambiar de rumbo y, en vez de dirigirse a Zaragoza, tal como se había anunciado en la primera parte, toma la senda de Barcelona.

Al poco de llegar a la ciudad, don Antonio Moreno le afea a Sancho el ser «tan amigo de manjar blanco y de albondiguitas, que si os sobran las guardáis en el seno para otro día»; a lo que Sancho responde: «No señor, no es así, porque tengo más de limpio que de golo-
so» [II, 72]. El Sancho bueno respondía así al fingido, que, según se narra en el libro apócrifo, se atraca de ambos manjares y no duda en guardarse las sobras entre las ropas. En casa del caballero catalán, tendrán noticia de una cabeza encantada y engañosa, que se ha señalado como remedio del avellanedesco gigante Bramidán, bajo cuya figura de cartón se esconde y habla el secretario de un noble. Incluso los caballeros amigos de don Antonio, durante tal sarao, anuncian una sortija, similar a la que don Álvaro y sus amigos juegan en Zaragoza, que finalmente no llega a celebrarse. Pero el momento capital de ese paso por Barcelona se alcanza cuando don Quijote decide entrar por curiosidad en una imprenta. Y en uno de esos nuevos e inesperados milagros de la ficción, se viene a topar de brucos con un libro «que se llamaba la *Segunda parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas» y que allí se estaba corrigiendo. Es la segunda vez que tiene el libro enemigo entre las manos [II, 72].

Una vez vencido por el de la Blanca Luna y de vuelta a su aldea, una Altisidora resucitada asegura haber visto a unos demonios que jugaban a la pelota con el libro de Avellaneda nada menos que en las puertas del infierno. E incluso alcanzó a oír lo que los mismísimos demonios decían al respecto: «“Quitádmel de ahí —respondió el

² Todas las citas cervantinas están tomadas de Cervantes (2015).

otro diablo— y metedle en los abismos del infierno, no le vean más mis ojos”. “¿Tan malo es? —respondió el otro”. “Tan malo —replicó el primero— que, si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara”». Por más que el relato termine en la reprobación del enemigo, don Quijote niega la mayor: «Visión debió ser, sin duda, porque no hay otro yo en el mundo, y ya esa historia anda por acá de mano en mano, pero no para en ninguna, porque todos la dan del pie» [II, 70].

Hasta el final de la historia se siguen salteando alusiones al apócrifo. Un capítulo después y en una nueva venta, el juicio sobre la mala factura de unas telas pintadas con las fábulas de Helena y Dido conduce a una nueva sentencia condenatoria de la ficción fingida: «... este pintor es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que cuando le preguntaban qué pintaba, respondía: “Lo que saliere”; y si por ventura pintaba un gallo, escribía debajo: “Este es gallo”, porque no pensasen que era zorra. De esta manera me parece a mí, Sancho, que debe de ser el pintor o escritor, que todo es uno, que sacó a luz la historia de este nuevo don Quijote que ha salido: que pintó o escribió lo que saliere» [II, 71]. Pero es que de inmediato, en el capítulo LXXII, don Álvaro Tarfe, personaje principal en la trama avellanedesca, pasa a la de Cervantes para negar que el don Quijote que había conocido antes fuese el verdadero.

A partir de ese momento, la muerte espera inevitablemente al caballero cervantino, entre otras cosas, para evitar las continuaciones que amenazaban al final del volumen apócrifo. Por ello, Cervantes clausura su libro otorgando a Cide Hamete Benengeli —y de paso a sí mismo— la propiedad última y exclusiva de la novela. El historiador arábigo, en diálogo con su pluma, se erige en defensor y garante de la verdad frente a Avellaneda:

Para mí sola nació don Quijote, y yo para él: él supo obrar y yo escribir, solos los dos somos para en uno, a despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco que se atrevió o se ha de atrever a escribir con pluma de avestruz grosera y mal deliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros ni asunto de su resfriado ingenio; a quien advertirás, si acaso llegas a conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, a Castilla la Vieja, haciendole salir de la fuesa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva [II, 74].

Poco más es lo que, de manera expresa, se deja caer sobre Avellaneda en el *Quijote* de 1615. De hecho, no pocos estudiosos del asunto han limitado su respuesta a los episodios que alcanzan del capítulo LIX hasta el final. Y así parece respaldarlo el modo de escritura que conocemos en Cervantes, al parecer poco inclinado a volver sobre lo ya escrito. Pero ha de entenderse que lo de Avellaneda no era un desafío menor y que se vio obligado a echar el resto hasta repensar y reescribir un libro que, en buena medida, tenía ya compuesto. De ahí el papel decisivo que Cide Hamete alcanza en la segunda parte, de ahí la dignidad del nuevo don Quijote frente a la locura sin paliativos que exhibía el apócrifo, de ahí las numerosas alusiones a elementos apócrifos o la problemática cronología de una acción que comienza un mes después de terminar la primera parte y con la noticia del libro recién estampado en 1605, a pesar de lo cual Sancho dirige una carta a su mujer en el capítulo XXXVI nueve años después, el «veinte de julio 1614». Cervantes parece que dejó al margen los acontecimientos de la historia ficticia y se atuvo a la realidad inmediata, entre otras cosas, porque esa alteración cronológica, por muy desaforada que fuese, le permitía dar entrada en la trama a una novedad tan estrictamente contemporánea como el *Quijote* espurio.

Desde los primeros capítulos, la sombra de Avellaneda parece sobrevolar el libro impreso en 1615, comenzando por el cuento del loco sevillano que creía ser Neptuno, que remite a los relatos de locos insertos en el prólogo³. Es muy probable que todos los coloquios sobre crítica literaria, los ataques contra los malos escritores que se deslizan en los capítulos III y IV apunten al blanco del enemigo, incluyendo una primera alusión al pintor Orbaneja. No es inverosímil que Cervantes tomara del *Quijote* de 1614 la cuestión del salario, no mencionado en la primera parte y que Sancho pide a su amo en el capítulo VII. En el XI, don Quijote se encuentra con una carreta de recitantes de la compañía de Angulo el Malo, que vienen de representar el auto de *Las Cortes de la Muerte*, acaso como reflejo de la compañía de actores que aparecen en el capítulo XXVI de Avellaneda. Poco más allá, Sansón Carrasco, bajo la advocación de Caballero de los Espejos, afirma haber vencido a don Quijote y asegura que «este solo vencimiento hago cuenta que he vencido a todos los caballeros del mundo, porque el tal don Quijote que digo los ha

³ Cfr. Joly (1996, p. 159).

vencido a todos, y habiéndole yo vencido a él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado a mi persona» [II, 14]. En realidad, la sentencia repite casi a la letra las consideraciones del don Quijote falso al enfrentarse con un melonero de Ateca en el capítulo VI: «Todas las glorias, victorias y buenos sucesos que tuvo serán, sin duda, míos, y a mí sólo se atribuirán todas las fazañas, vencimientos, muertes de gigantes, desquijaramientos de leones y rompimientos de ejércitos que por sola su persona hizo»⁴. Incluso el conato fallido de batalla entre Sancho y el escudero del de los Espejos pudiera remediar el desafío que también queda en suspenso entre el Sancho de Avellaneda y el escudero negro de Bramidán de Taja yunque.

Del mismo modo, el encuentro que el falso don Quijote tiene con dos estudiantes que le leen sus composiciones en verso pudo influir en los diálogos literarios que su personaje mantiene con el Caballero del Verde Gabán y con su hijo [II, 18]. Y puestos a rastrear detalles, la bebedora Mari Gutiérrez calma su sed en el libro de Avellaneda con «un jarro grande que tenemos, desbocado de puro boquearle ella con la boca», mientras que, en Cervantes, el fingido maese Pedro anuncia a Sancho que su mujer Teresa está buena y que, «por más señas, tiene a su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un buen porqué de vino» [II, 25]. Aunque si hay un episodio anterior al capítulo LIX de la segunda parte cervantina en el que toda la crítica ha estado de acuerdo a la hora de señalar sus correspondencias con la historia de apócrifa, ese ha sido el del retablo de títeres de maese Pedro y la interrupción brutal de don Quijote, que confunde la realidad y la ficción, como ya hiciera el don Quijote de 1614 ante la representación escénica de *El testimonio vengado*⁵. De hecho, en todo el *Quijote* de 1615 se produce una intensificación de los elementos teatrales debida, al menos en parte, al influjo de Avellaneda.

Ya en el capítulo XXX, debe entenderse que unas palabras de Sancho apuntan inequívocamente a la condición fraudulenta del libro de Avellaneda: «Sancho Panza, soy yo, si no es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa». Lo mismo ocurre con la expresión «En Dios y en mi conciencia», repetida una y otra vez en el apócrifo y sobre la que Sancho apostilla, tras oírla en boca de un diablo fingido: «...este demonio debe de ser hombre

⁴ Todas las citas del apócrifo están tomadas de Fernández de Avellaneda (2014).

⁵ Cfr. Romero Muñoz (1990, pp. 95-97).

de bien y buen cristiano, porque a no serlo no jurara “en Dios y en mi conciencia”» [II, 34]. No se olvide que, solo tres capítulos después, se inserta la carta de Sancho a su mujer, fechada el 20 de julio de 1614. Pudo ser esa la fecha en que le alcanzara a Cervantes la primera noticia del apócrifo. Llegamos al capítulo XL y la dueña Doloreda atribuye al caballo Clavileño la cualidad de llevar «un portante por los aires sin tener alas, que el que lleva encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame una gota, según camina llano y reposado», virtud compartida por el rucio apócrifo, que, según afirma el otro Sancho en su capítulo IX, anda «llano, de tal manera, que el que va encima puede llevar una taza de vino en la mano, vacía, sin que se le derrame gota». Inmediatamente la dueña hace un catálogo de caballos célebres tan erudito como inútil, que, sin duda, responde a otro similar que Avellaneda había incluido en ese mismo capítulo IX. Hay que esperar hasta el L para escuchar a la Sanchica cervantina reírse de la posibilidad de ver a su padre con pedorreras, que casualmente es la misma vestimenta con que el Archipámpano avellanedesco engalana al Sancho de pega. Y en el capítulo LVIII, cuando Cervantes viene a recalcar la personalidad de sus protagonistas como antípodo de la irrupción inmediata de Avellaneda, se lee la tristísima declaración de don Quijote: «yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos» [II, 58], que parece tener un antecedente en otras palabras del escudero espurio: «En fin, todo mi trabajo ha sido hasta agora en vano».

Son otros muchos los detalles, sentencias y episodios que Cervantes, san Miguel de Cervantes, tomó sin reparo alguno de su avieso enemigo. Y nada ocurre por así reconocerlo. Cervantes se apropió de un buen porqué de materiales del contrario, y no solo para contraatacar, sino para convertirlos en instrumentos de la reconstrucción literaria que hubo de llevar a cabo. Pero más que denostar al licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, debemos celebrar su oportunidad y su importancia, pues puso a Cervantes en el brete de rematar su segundo *Quijote* y además hacerlo, por si fuera poco, de la manera extraordinaria que lo hizo. Por lo que nos consta, el manco andaba para esas fechas ocupado en otros afanes y a saber si hubiera vivido lo suficiente para estampar su segunda parte. Y, en cualquier caso, la que tuviera ya escrita o ya en mente era, sin duda, muy otra. Avellaneda le ofreció la oportunidad de ahondar en todos los juegos metaliterarios que abren la puerta a un nuevo modo de narrar y

rompen, de una vez por todas, con el principio de verosimilitud que había regido la historia en la primera parte.

Para empezar, a don Quijote y a Sancho, personajes de ficción, les llega la noticia de la publicación de un libro que trata de ellos y que cuenta, según se sorprende Sancho, perplejo ante la existencia de un narrador omnisciente, «cosas que pasamos nosotros a solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió» [II, 2]. Sansón Carrasco es, pues, el primer lector de la primera parte que llega a conocer a sus protagonistas. El mismo bachiher se metamorfoséa en Caballero del Bosque, y aparece por primera vez en la novela otro caballero andante, que además dice haber vencido a un don Quijote tan real como el que tiene delante, apuntando a la posibilidad de un doble. Poco más allá, el galeote Ginés de Pasamonte se manifiesta bajo la advocación de maese Pedro y don Quijote llega a confundir unos títeres de trapo y cartón con personas reales. En el capítulo LIX ocurre un suceso precisamente a la inversa; ahora es el personaje ficticio el que se hace inesperadamente real ante los lectores de un libro que siempre han leído bajo las pautas de la ficción. Me refiero a la conversación de don Juan y don Jerónimo en la venta y a la intervención del propio don Quijote desde la estancia de al lado. La lista de inverosimilitudes alcanza más allá, cuando don Quijote entra en la imprenta barcelonesa y tiene entre las manos el libro apócrifo. Luego Altisidora refiere su visión infernal y, ya en el colmo de lo imposible, acierta a pasar por la venta donde se encuentran don Quijote y Sancho nada menos que un personaje del otro libro, haciendo creer a los lectores que ambos *Quijotes* son libros de historia y que sus personajes son todos reales, aunque uno de ellos sea un impostor. Aun así, terminará por negar su existencia anterior, cuando todo lo vivido le resulte inverosímil: «...vuelvo a decir y me afirmo que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado» [II, 72].

A raíz de la lectura de Avellaneda, Cervantes no solo afrontó la reescritura de un texto que debía tener bastante avanzado, sino que lo hizo con unas pautas narrativas completamente nuevas. Es más, esos criterios, que contradicen directamente su declarado apego a la verosimilitud, otorgaron una nueva dimensión narrativa al libro. La alteración de esos episodios da lugar a un importantísimo cambio en la obra. En el capítulo sexto del *Viaje del Parnaso*, publicado precisamente en 1614, Cervantes afirmaba sin ambages: «...que a las

cosas que tienen de imposibles / siempre mi pluma se ha mostrado esquiva; / las que tienen vislumbre de posibles, / de dulces, de suaves y de ciertas, / explican mis borrones apacibles». Tras la aparición de Avellaneda, se consolida una intuición narrativa ya presente antes en Cervantes, pero que ahora se intensifica y otorga al narrador una libertad absoluta. La verosimilitud supone un mundo con sentido y que puede ser explicable en palabras, mientras que la irrupción de lo improbable hace que ese mismo mundo de ficción se convierta en un espacio que no cabe en las normas de lo previsible.

Cervantes abrió las puertas de su narrativa a lo inverosímil y avanzó de manera decisiva hacia la construcción de un modelo narrativo radicalmente nuevo. Al tiempo, se plasmaba en su obra —acaso de modo inconsciente— un problema esencial para la modernidad, como es el de los límites de lo real. En ese nuevo espacio, dio al traste con todas las convenciones habidas y por haber, rompió con las trabas impuestas por los géneros tradicionales y se otorgó a sí mismo un grado de libertad que ningún narrador había podido imaginar hasta entonces. Y, en buena medida, gracias al desafío literario que le planteó el libro apócrifo.

Jorge Luis Borges afirmaba en su ensayo «Magias parciales del *Quijote*» que «el plan de su obra le vedaba a Cervantes lo maravilloso», pero subrayó un «juego de extrañas ambigüedades» que culmina en la segunda parte, «cuando —según explica Borges— los protagonistas han leído la primera: los protagonistas del *Quijote* son, asimismo, lectores del *Quijote*». Al cabo se preguntaba el escritor argentino: «¿Por qué nos inquieta que Don Quijote sea lector del *Quijote*, y Hamlet, espectador de *Hamlet*? Creo haber dado con la causa: tales inversiones sugieren que si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios»⁶. Esa nueva dimensión, esa complejidad que nace de lo inverosímil, se debe en buena medida a la lectura de Avellaneda y a las operaciones que hubo de hacer en su obra a prisa y corriendo. La inserción de Avellaneda en la historia de don Quijote, primero como libro y luego como una suerte de realidad paralela a la del caballero, abrió la puerta a ese maravilloso rompecabezas de perspectivas y juegos entre ficción y realidad que es el *Quijote* de 1615.

⁶ Borges (1985, pp. 54-55).

Sin ese acicate, es muy posible que, de existir, el *Quijote* fuera una muy otra cosa, que acaso nada tuviera que ver con ese asombroso artefacto que sigue sorprendiendo, generación tras generación, a lectores de toda índole y latitud. Con su libro, Avellaneda puso en marcha el mejor talento cervantino para la invención literaria. A última hora y como respuesta al lance que le planteó el *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* impreso en 1614, Cervantes vino a concebir su propia, libre y más original invención, esa que lo elevó para siempre a la más alta peana en el santoral de la literatura universal. Reivindiquemos, pues, la memoria del licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, por cuya labor y mediación gozamos hoy del libro que convirtió a Miguel de Cervantes en el verdadero autor del *Quijote*.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, D. (2014), *De l'imposture à la création. Le Guzman et le Quichotte apocryphes*. Madrid: Casa de Velázquez.
- BORGES, J. L. (1985), *Otras inquisiciones*. Madrid: Alianza.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. DE (2015), *Don Quijote de la Mancha*, L. Gómez Canseco (ed.). Clásicos Hispánicos.
- DÍAZ MIGOYO, G. (1998), «Una lectura decisiva: Don Quijote y Avellaneda», en García de Enterría, M. C. y Cordón Mesa, A. (eds.), *Actas del IV Congreso Internacional de la Asociación Internacional Siglo de Oro*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, pp. 537-542. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/literatura/aiso/pdf/04/aiso_4_1_048.pdf.
- FERNÁNDEZ DE AVELLANEDA, A. (2014), *Segundo tomo del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, L. Gómez Canseco (ed.). Madrid: RAE.
- GILMAN, S. (1951), *Cervantes y Avellaneda. Estudio de una imitación*. México: El Colegio de México.
- IFFLAND, J. (2001), «Do We Really Need to Read Avellaneda?», *Cervantes. Bulletin of the Cervantes Society of America*, 21 (1), pp. 67-84. Disponible en: <http://users.ipfw.edu/jehle/cervante/csa/arts01/iffland.pdf>.
- JOLY, M. (1996), *Études sur Don Quichotte*. París: Publications de la Sorbonne.

- LATHROP, T. A. (1985), «Cervantes' Treatment of the False Quixote», *Kentucky Romance Quarterly*, 32 (2), pp. 213-217.
- MARTÍN JIMÉNEZ, A. (2001), *El Quijote de Cervantes y el Quijote de Pasamonte, una imitación recíproca*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos.
- (2010), *Guzmanes y Quijotes. Dos casos similares de continuaciones apócrifas*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- MARTÍN MORÁN, J. M. (1994), «Cervantes y Avellaneda. Apuntes para una relectura del *Quijote*», en Villegas, J. (ed.), *Actas del XI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. 5. Lecturas y relecturas. Textos españoles, latinoamericanos y US latinos*. Irvine: University of California Press, V, pp. 137-147. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih_11_5_017.pdf.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1948), «Un aspecto en la elaboración del *Quijote*», en *De Cervantes y Lope de Vega*. Madrid: Espasa-Calpe, pp. 9-56. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/literatura/quiote_antologia/pidal.htm.
- ROMERO MUÑOZ, C. (1990), «Nueva lectura de *El retablo de maese Pedro*», en *Actas del I Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas*. Barcelona: Anthropos, pp. 95-130. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/literatura/cervantistas/cl_I.htm.
- SICROFF, A. A. (1975), «La segunda muerte de Don Quijote como respuesta de Cervantes a Avellaneda», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 24, pp. 267-291.

«NUNCA SEGUNDAS PARTES...»

Howard Mancing
Purdue University

1. EL QUIJOTE DE 1605

En el último capítulo de la primera parte del *Quijote*, el protagonista entra en combate con unos malandrines que están llevando por fuerza a una señora principal (son unos disciplinantes que llevan una estatua de la Virgen). Uno de los malhechores le da a Don Quijote un golpe que lo trae al suelo fuera de sí. Sancho viene a ayudarlo, sugiriendo que vuelvan a casa, y el malherido caballero responde «Bien dices, Sancho, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que agora corre». Estas son las últimas palabras que pronuncia en la novela. Así Don Quijote admite implícitamente que su carrera caballeresca ha terminado: los auténticos caballeros andantes como Amadís de Gaula y Belianís de Grecia, protagonistas de libros de caballerías, nunca se dejan vencer. El acto de reconocer que le han vencido es equivalente a admitir que no es como los héroes literarios, los modelos en quienes se ha inspirado. De esta manera la novela se lleva a un final absoluto: el modesto hidalgo del primer capítulo que lee libros de caballerías y decide imitar a sus héroes vive un rato su fantasía, tiene algunos éxitos, pero al final admite su error, reconoce su derrota y vuelve a casa. Final absoluto, *the end*. *El Quijote de 1605* no es la primera parte de una obra que ha de continuarse, sino una historia completa y final.

O, por lo menos, así parece. En las últimas páginas del libro el narrador habla del hallazgo de unos manuscritos en una vieja caja de plomo que parecen incluir datos sobre una nueva salida en la que Don Quijote y Sancho van a Zaragoza para participar en las famosas justas de aquella ciudad. Las palabras finales son una invitación abierta a otros a escribir una continuación; citando el *Orlando furioso*

EL ESPAÑOL EN EL MUNDO

ANUARIO DEL
INSTITUTO
CERVANTES

2015



BOE BOLETÍN
OFICIAL DEL
ESTADO
MINISTERIO DE LA PRESIDENCIA

SUMARIO

© 2015, Instituto Cervantes
Libreros, 23. 28801 Alcalá de Henares (Madrid)
Alcalá, 49. 28014 Madrid
Correo electrónico: informacion@cervantes.es
<http://www.cervantes.es>

Consejo de Redacción:
Víctor García de la Concha, director del Instituto Cervantes
Rafael Rodríguez-Ponga Salamanca, secretario general del Instituto Cervantes
José M.ª Martínez Alonso, director del Gabinete de Dirección del Instituto Cervantes
Julio Martínez Mesanza, director académico del Instituto Cervantes

Coordinadora editorial: Rebeca Gutiérrez Rivilla
Diseño de cubierta: Ariadna Marrero Martín y Rocío Puras Pardo

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

<http://publicacionesoficiales.boe.es>

ISBN (AEBOE): 978-84-340-2240-9
ISBN (Instituto Cervantes): 978-84-92632-67-1
NIPO (Instituto Cervantes): 503-15-021-5
NIPO (AEBOE): 007-15-113-1
Depósito legal: M-28103-2015

Imprenta Nacional de la Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado
Avda. de Manoteras, 54. 28050 Madrid



PRESENTACIÓN	9
I. INFORMES REGIONALES	
El español: una lengua viva. Informe 2015, por el Instituto Cervantes	15
II. LOS GRANDES TEMAS DEL <i>QUIJOTE</i>. PARTE II (1615)	
El <i>Quijote</i> de 1615. La novela bajo el imperio de los lectores, por José Manuel Martín Morán	87
El gobierno de Sancho y el poder del duque, por Edwin Williamson	107
Reivindicación del licenciado Alonso Fernández, por Luis Gómez Canseco	123
Nunca segundas partes..., por Howard Mancing	135
Un libro de verdades lindas y donosas, por José Montero Reguera	147
De la invención en la segunda parte del <i>Quijote</i> : la figura de Sancho, por Lía Schwartz	161
¡Que siga la fiesta! Reflexiones sobre el humor de la segunda parte del <i>Quijote</i> , por James Iffland	173
Don Quijote, del texto al mito, por Jean Canavaggio	191
El <i>Quijote</i> universal: la lectura en imágenes, por José Manuel Lucía Megías	209
III. INFORMES DEL INSTITUTO CERVANTES	
2015: Celebración del <i>Quijote</i> , por el Departamento de Actividades Culturales del Instituto Cervantes	235